

LA ARGENTINA DE FINES DE SIGLO VISTA POR UN VIAJERO ITALIANO

Héctor V. Codino

ESTE trabajo se limita exclusivamente a recordar un libro de viajes; decimos recordar, pues fue editado a fines del siglo pasado, pero evidentemente un tanto olvidado por quienes acostumbran a consultar este tipo de fuentes. Olvido a nuestro juicio injustificado ya que reúne condiciones suficientes para figurar en cualquier bibliografía de viajeros.

Tiene dos características elogiadas; la primera no es nueva en las relaciones de viajeros, una posición serena, tranquila, frente a los hechos que relata, sólo trastocada en muy pocos casos en que el autor consustanciado con los problemas que soportaba el país en aquella época se exalta un tanto y hace crítica, quizás algo severa pero justificada. El segundo mérito reside en que es un libro fácil de leer, de prosa ágil, agradable y salpicada de mil cosas; un bazar con los matices más diversos pero todos que hacen a una descripción completa de nuestra vida a fin de siglo.

Para Angel Scalabrini * nada debe ser echado de menos, todo lo cuenta, todo lo consigna. Así en sus jugosas casi quinientas páginas se tratan los más diversos temas, desde los más graves a

los superficiales; los económicos y los sociales: desde la profunda crisis de 1890 hasta la lejana vida de los últimos aborígenes, desde los diques del puerto de Buenos Aires hasta las bondades de la yerba mate.

Como es habitual en las crónicas de este tipo, comienza con el relato de la travesía y como broche final de ella el momento de emoción que se produce cuando se divisa la ciudad, la "Reina del Plata" que se hace "imponente" desde el estuario; para pasar luego, infaliblemente, a la descripción del puerto. Hace la misma con un amplio elogio a la ingeniería argentina, valioso juicio de un hombre que conoce los ya desarrollados puertos europeos, haciendo en esa oportunidad también mención del "espíritu de progreso que invade a todos aquellos países" y de la "ambición porteña" que quiere dotar a su ciudad de todas las obras necesarias a las exigencias de la vida moderna. Lo compara con el puerto antiguo del cual tiene una completa visión ya que hace una acertada descripción de las penurias que sufrían los viajeros de otras épocas durante el desembarco.

Lo más sustancioso del libro es la

* Escritor italiano nacido el 15 de octubre de 1851. Fue en su país superintendente de estudios e inspector de escuelas. Sus principales obras son: *La Religione e la Patria* (1872); *Versi* (1887); *Emigrazione e colonizzazione italiana, specialmente nell'America del Sud* (1890); *Italia* (1891); *Sul Rio della Plata. Impressioni e Note di Viaggio*. Como, 1894, objeto de este artículo.

VIAJEROS

completa descripción y análisis de la crisis de 1890 acompañada por razonamientos de orden general verdaderamente jugosos. En la página 157, dice: "Haciéndome luz con la simple linterna del buen sentido; yo razono así: cuando la importación de un pueblo supera en muchas decenas de millones, y por muchos años su exportación como sucede en la Argentina, cuando la propiedad es toda y exclusivamente la tierra; la mayor parte de la cual todavía inculta, no rinde nada ni tiene valor potencial. Cuando los ferrocarriles y los telégrafos son en gran parte de capital extranjero, asegurado a abundante interés por el Estado y se está apretado por el cuello por los banqueros; cuando en conclusión el crédito actual es inferior a los gastos, entonces un pueblo o no puede llamarse rico, sino de esperanzas".

Sin embargo en Buenos Aires todo parecía decir lo contrario: por doquier reinaba el optimismo y la despreocupación; la crisis era pasajera y el país pronto y solo se recuperaría. Todos se sentían profundos concedores de la economía; se daban soluciones a cada paso y en cualquier lado, en las mesas del café, en los periódicos, en las familias, en las esferas del gobierno, y todos coincidían en que esto era un fenómeno sin mayor trascendencia.

El viajero anota: "En el decenio de 1880 al 1890, todos en Argentina fueron presas de delirio de riquezas: gobierno, particulares, nativos y extranjeros. El balance del Estado se cuadruplicó, las provincias y los municipios siguieron el ejemplo. Todas las empresas, aun las más arriesgadas debían andar bien en este bendito país, aquellos que no eran ricos hoy, lo serían seguramente mañana, porque cada día el buen Dios mandaba nacer como

hongos opulentos negocios y aquellos que no tenían dinero para lanzarse a la lucha de los millones sabían donde lo había en gran catidad; el prudente gobierno había creado los bancos justamente para ellos". (pág. 160)

A todos, pues, había tocado la vara mágica de la especulación, todos afiebrados, locos por el oro, dejaron de lado las actividades normales que se desecharon por lentas, ¿para qué una industria sólida y útil, con ganancias a largo plazo? si un juego afortunado, un golpe especulativo feliz, lo haría dueño de un palacio, de un buen coche y lo llevaría a una opulencia para la cual "en el lujo de las industrias europeas no había nada de suficiente delicadeza".

En tales circunstancias confiesa Scalabrini que se sintió tocado por esa ola de optimismo, como muchos argentinos de la época, pero que como el estallido de la revolución de 1890 le provocó el despertar a la realidad y el darse cuenta que se había equivocado en su juicio. "Entonces decía, yo tengo la culpa de ver oscuro en medio de tanta luz solar y tienen cierta razón los números bien alineados de los contadores, las consideraciones políticas del presidente, ministros, diputados, senadores y la prensa digna de alabanza. Pero cuando un mes después estalló la revolución al grito de abajo los ladrones, afuera los desangradores de la República, cuando por las calles de Buenos Aires rugía la revolución y corría sangre hermana y parte de la tropa se unía a los insurrectos, y la flota emplazaba sus cañones hacia la casa de Gobierno, pensé que todas aquellas cifras alineadas por los sofistas, no era otra cosa que una estafa y que debía tener razón quién daba la vida por sacarse de encima un peso insoportable". (pág. 159) Este párrafo revela

una emoción y una consustanciación con los problemas del país que no se encuentra fácilmente en las palabras de viajeros. Sin embargo no es el único que podríamos transcribir para demostrar el interés casi patriótico que revela Scalabrini al tratar los espinosos problemas argentinos de aquel momento.

Pero pronto recobra su posición neutral y habla con la serenidad que no podía existir en los nativos. "La verdad era ésta: que la Argentina estaba atormentada por una doble crisis: financiera y económica; cuya unión mortal había hecho nacer una tercera crisis, la política y que estas tres formaban una maldición, la peor que lo podía tocar a un pueblo, amenazando arrastrar al país a la catástrofe". (pág. 169).

La revolución fue sofocada pero como debía suceder llegó el día de la catástrofe, los capitales extranjeros llegados con la promesa de rápidas ganancias y para realizar empresas públicas habían desaparecido en importaciones inútiles y préstamos estériles por lo general acordados por "favores políticos", y la necesidad de oro para amortizar las deudas y pagar las importaciones fue tremenda y los especuladores aprovecharon con ventaja esa situación, así el agio del oro llegó "en el año 1891 casi al 500 %". "Se ha recurrido a todos los remedios: moratoria, emisión, préstamos internos, pero en vano, porque todos eran inadecuados, o mejor, porque todos eran paliativos más capacitados para sacar al país el último resto de crédito y para merecerlo en peligrosas ilusiones que para devolverle vida y vigor. El mal es grave y gangrenoso y para curarlo eficazmente no necesita una cataplasma sino remedios enérgicos". (pág. 152).

Su análisis de la crisis es tan profundo que incluso descubre una parte benéfica de ella que escapa al observador común del fenómeno: "Muchas industrias que no habían podido luchar con la competencia extranjera, encontraron en el agio un impuesto de protección para permitirle su desarrollo y preparar la fuerza para residir la competencia".

Y hay más: "Limpió todo aquello que era ficticio, equivocado, turbio en la vida económica del país". (pág. 168).

Además de las consideraciones generales de la crisis, es contundente cuando describe aspectos parciales del panorama económico y lo hace con un encomiable espíritu crítico. Escribe: "Los ferrocarriles argentinos construidos un poco tumultuosamente y concedidos con favores políticos y con abundantes intereses garantidos, fueron una de las causas de los distintos desastres financieros de aquel país y son todavía uno de los graves pesos del tesoro, por el gran capital empleado y la forma de explotarlo, que no permite al estado un serio y eficaz control; aunque sea una de las promesas más seguras del porvenir" (pág. 169).

Después de aprobar las medidas anunciadas por el presidente en el mensaje de mayo de 1893 y de augurarle buen éxito pasa a tratar otros problemas menos sombríos. Y en el lenguaje suelto y objetivo que utiliza en todo su libro dice: "dejemos esta tecla que suena en falso y veamos algunas cifras que sean dignas de estar entre los activos de la República". Así, subraya un atrevimiento digno de admiración por el laudable deseo de llevar al país a la altura de los más adelantados y una noble inquietud que se traduce en puertos, caminos, puentes, ciudades, etc., aunque reconocien-

VIAJEROS

do que su realización no ha sido siempre conducida "con aquella previsión que proporciona y distribuye los pesos según las fuerzas".

Para el autor dentro de las realizaciones de los primeros años de vida independiente, la más encomiable ha sido el cuidado puesto por los legisladores en proteger y fomentar la inmigración. Elogia las leyes dictadas al efecto y afirma, contra "las voces confusas de malos tratos que cruzan el océano" que el inmigrante es bien considerado, protegido, aceptado en la vida pública, gozando de los mismos derechos civiles que los nativos.

El tratar este tema le da oportunidad, y si así no fuese la buscaría, para darnos una visión del estado de la colonia italiana en la Argentina; como es natural se expone abundantemente: "hay dos bancos italianos y en su honor bastará decir que supieron resistir las crisis, cumplir con su deber frente a los acreedores y el crédito público"; pasará luego a describir el hospital "floreciente" que costea la colectividad, las sociedades de socorros mutuos, la Cámara de Comercio, transcribiendo datos ilustrativos de la proporción de la población italiana, el lugar destacado que ocupan en el comercio, enorgulleciéndose al comprobar que el 62 % de los negocios de la ciudad pertenecen a sus connacionales.

Hay un párrafo dedicado a la ciudad de La Plata, fundada pocos años antes. Lo transcribimos sin ningún comentario; el juicio del lector le dirá si desgraciadamente Scalabrini acertó o si felizmente se ha equivocado. "Yo creo y lo diré a costa de ser llamado pájaro de mal agüero, que La Plata no será nunca lo que debió ser en la

mente de sus fundadores, una rival de Buenos Aires... La Plata vecina de Buenos Aires vivirá de la vida exuberante de ésta; será un lugar de delicias de vacaciones y de balnearios, será la Versalles de la París Argentina, será lo que se quiera pero no una gran ciudad, como en la mente de quien trazó sus límites. Más bien aquella amplitud de dimensiones volverá dañosa su belleza, como cuerpo encantado de una niña en los hábitos de una matrona" (pág. 54).

El viaje es mucho más largo, continúa por el campo con prolijas descripciones geológicas y botánicas, pasa a la provincia de Entre Ríos, al Chaco... siempre con jugosas referencias etnológicas comparando el estado del gaucho con la vida social de la familia porteña.

SUL RÍO DELLA PLATA es, pues, un aporte valioso para el conocimiento del estado social y económico de nuestra República en los años finales del siglo XIX. No hay duda que presenta los inconvenientes propios de una crónica, las cifras citadas no resistirán en algunos casos una crítica demasiado severa y algunos de los datos consignados en sus páginas parecen haber sido tomados de otras fuentes que no son la observación directa. Sin embargo me atrevo a afirmar que Scalabrini ocupa un lugar al lado de Hutchinson, Mantegazza, Caldcleugh y otros viajeros que en su hora nos visitaron.

Nuestra satisfacción sería completa si esta modesta relación de la obra, que aún permanece en su idioma original, moviera a algún inquieto traductor a abordar el trabajo y poner en manos del lector interesado tal joya bibliográfica.